

los primeros cristianos en medio de las persecuciones y los martirios, sostiene igualmente á las hijas de la seráfica reformadora del Carmelo, de Francisco de Asis y de Domingo de Guzman, para llevar en estos dias de tribulacion y prueba, el peso de la observancia religiosa, con edificacion de los fieles, aprovechamiento de sus almas y glorificacion del Altísimo.

Y vosotros todos, los que pertenecéis á la Asociacion de la Vela perpétua, ya que al modo de los sesenta valientes de los mas fuertes de Israel, que rodean el lecho de Salomon; (1) vosotros, que fuertes en la fé, velais el lecho florido del divino Salomon, adorándole y desagraviándole de las muchas ofensas que recibe por parte de los impíos y los falsos cristianos, pedidle con todo el fervor de vuestra alma, que retire de la santa Iglesia de México el soplo maligno del infierno, que perverte los corazones de los fieles, y haga correr dulcemente el aura suave del divino Espiritu; que nos mantenga sin vacilar en las doctrinas de la fé, que son las únicas que pueden hacernos felices en el tiempo, felices en la eternidad.

Si, dulce Jesus, Redentor amable de nuestras almas, que por un efecto de tu bondad y misericordia has querido permanecer en medio de nosotros hasta el último dia de los siglos, bajo las especies de pan y vino, en ese adorable Sacramento; recibe, Señor, el afecto de tus fieles, la fé y devocion con que te adoran, lo mismo que si te vieran con sus ojos, revestido de nuestra carne: sosten su fé, aumenta su esperanza, vivifica su amor, para que amándote en esta vida como te amaron S. Juan y la Magdalena, merezcan alabarte y gozarte en la otra.

(1) Cantar de los Cantares, cap. 3.



SERMON

DE LA FESTIVIDAD DE CORPUS,

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE MEXICO EN EL AÑO DE 1859, POR EL

Sr. Dr.

D. D. Guadalupe Romero

Canónigo de la Catedral de Morelia.

Sanctificavitur altare in gloria mea.

Exo. c. 29, v. 43.

Entre las cosas santas que la religion nos manda adorar, ¿cuál de todas ellas puede escender en mérito y dignidad al augusto misterio, que con cultos muy especiales veneramos hoy? Jesucristo, hombre Dios, real y verdaderamente oculto entre las paredes del pan y del vino, sin que falte á su humanidad sacrosanta un solo dote, ni á su divinidad una sola excelencia ó perfeccion, es el ob-

jeto de nuestra adoracion. Allí están sus méritos como en un sagrario, sus dones como en una fuente, su amor como en un volcan y su caridad como en un genio activo. Todo Jesucristo está allí encerrado cual es en sí mismo, ora mirémos los vínculos de gracia que con nosotros lo unen, ora meditemos sobre sus divinas perfecciones. Por esto el angélico Maestro, (llamémosle el Doctor Eucarístico,) para comprender el concepto total de la Eucaristía, le puso como por emblema "*miraculorum maximum.*"

Y este milagro, el mayor de todos; este misterio que comprende y abraza como un círculo todos y cada uno de los otros misterios, al que tuvieron los profetas como por blanco de su vista, y en el que la Iglesia reposa como en el fundamento de su fe, ¿no le deberémos honrar con especialísimo culto? ¡Oh! ¡Bendita sea la memoria del Papa Urbano IV, á quien debemos los cristianos las gratas satisfacciones de la presente solemnidad! Resuenen hoy entre los cánticos divinos estas notables palabras de su constitucion apostólica: "*Ut praeter quotidianam memoriam solemnior et specialior annuatim memoria celebretur.* Quiere este pontífice que con una memoria ó con un culto el mas especial y solemne, sea honrado anualmente el sacrosanto misterio de la Eucaristía, ya porque así lo debe la gratitud cristiana á los beneficios de Jesucristo, dice su bula, ya porque con este culto ó memoria anual pueden los cristianos reparar los defectos de su indevoción, de su negligencia é ingratitude á tan alto Sacramento. *Tunc attente in humilitate spiritus et animi puritate restarent.* Yo añadiría otra causa, si me fuera lícito interpelar mis sentimientos reflexivos entre las razones respetables de la silla apostólica. Añadiría, que para dar á Jesucristo el honor que es debido como al gran Soberano que preside y gobierna á las potestades todas del cielo y de la tierra, es necesaria la festividad presente.

Ya, con esto, descubrí mi asunto. Yo, señores, en la festividad del Corpus, cuyos fundamentos puestos en

el siglo XIII por la beata Juana de Cornillon, y celebrados primero por la Catedral de Lieja, fuero al fin confirmados y estendidos á la Iglesia universal por la santidad del Sr. Urbano IV, en su memorable constitucion *Transiturus de hoc mundo*, dada el año de 1262, veo interesados los triunfos de Jesucristo, los de la religion y los de la Iglesia. Si logro persuadiros, este mi humilde pensamiento hallará en vuestro corazon toda la dulzura que debe respirar en la solemne procesion del Corpus. Hallará que el nombre de Jesucristo, despreciado y abatido, no ya solo por la infeca Sinagoga que le desconoce, sino aun por muchos hijos de nuestra Iglesia que le adora, recobra en cierta manera los aplausos debidos á su grandeza; pues entonces, en estos momentos mejor que otras veces, podemos aplicarle lo que á su nombre dijo el profeta: *Magnum est nomen meum in gentibus, et in omni loco sacrificabitur et offertur nomini meo oblatio munda.* Hallará que la religion, como la esposa de este gran Dios, simbolizada en los doce ancianos del Apocalipsis, entona aquel cántico de alabanza, cuyos acentos llenaron de consuelos el corazon del Evangelista. *Alleluja: quoniam regnavit Dominus Deus noster omnipotens. Gaudemus et exultemus, et demus gloriam ei, quia venerunt nuptiae. Agni, et uxor ejus praeparavit se.* Hallará, en fin, vuestro corazon, la alegría de que ésta nuestra Iglesia militante, sea en este valle de lágrimas laureada, ó como coronada de honores y alabanzas, pues que en su seno se mantiene ese angusto pan de los ángeles. *Sanctificabitur altare in gloria mea.*

Tales son los tres puntos en que distribuyo el plan de mi pobre panegirico del Sacramento del altar, en el dia solemne de sus triunfos. Asunto de tan alta importancia ciertamente es digno de la teología admirable de los padres de la Iglesia, de su erudicion vasta y de su elocuencia finísima. Mas yo, sin ninguna de estas cualidades, acometo la empresa, fiado solo en que como ministro del Santuario, aunque tan indigno, el Espiritu del Señor se dignará comunicarme la luz, la inteligencia y los afectos ne-

cesarios. Ayudadme á pedirlos por medio de la interce-
sion poderosa de la soberana Reina de los ángeles, salu-
dándola llena de gracia. Ave Maria.

[Faint, mostly illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.]

Primer punto.

Que el Hijo de Dios, Cristo Señor Nuestro, haya de
aparecer triunfante y glorioso sobre la tierra, reparando
en el esplendor de su augusta magestad los ultrajes con
que le hirieron, menospreciándole los hombres, es el vati-
cinio comun de los profetas. San Juan le ve venir sobre
un trono de querubines: el Apóstol dice que se levanta-
rán los justos de sus tumbas, y que los santos vivos, cual
en una comitiva, partirán sobre los aires para recibir y
hacerle corte al gran rey que viene á tomar posesion de su
reino. David profetiza que en ese dia del engrandecimien-
to de Jesucristo, se iluminarán los montes hasta derretir-
se con el fuego. Isaías establece para entonces la verda-
dera paz, y Zacarías le dedica un cántico de honor y de
alegría. Cielos nuevos y tierra nueva, dice San Pedro,
aparecerán entonces á nuestra vista. Grande será el con-

tento, grande la alegría, pues que el profeta rey hasta
entonces, dice, verá satisfecho su regocijo. *Faciabor cum
apparuerit gloria tua.*

Pero en tanto que amanece este dia de honor y de
grandeza para Jesucristo, los que militamos bajo sus le-
yes aquí en la tierra, recorociendo y adorando la mage-
stad de su poder ¿no le dedicáremos con nuestros cultos
un dia de honor, en recompensa y fiel reparacion de los
ultrajes que recibió del hombre el dia amargo de su pa-
sion y muerte, y en remuneracion tambien de los desa-
catos á que tan libre y amorosamente se sujetó, quedán-
dose sacramentado en medio de las cavilaciones de los
herejes, y entre los pecados horrendos de los malos cristia-
nos? ¡Ah, señores! ¿quién no se conmueve al meditar
detenidamente acerca de los tormentos y ultrajes que re-
cibió Jesucristo y en ese atarle las manos con duras cade-
nas, escupirle el rostro con inmundas salivas y fijarlo en
una cruz como á un malhechor infame? El cristiano, re-
pito, que medita estos tratamientos inicuos en la perso-
na del unguido de Dios, y vuelve la vista al augusto Sa-
cramento de la Eucaristía, verá por la fé que el mismo
Dios está allí oculto; y este cristiano tendrá por muy os-
curos los triunfos de Mardoqueo, los de José y los de
David. Quisiera una magnificencia como la de los anti-
guos romanos, trofeos vivos como los de los Césares, alabanzas
expresivas como las tributadas por los israelitas á
David. Quisiera una ciudad tan adornada y rica como la
que S. Juan vió venir del cielo en su Apocalipsis, para lle-
var triunfante al Hijo de Dios en su Sacramento y can-
tarle allí las canciones proféticas del Salmista, repetirle
las expresiones enfáticas de la Esposa mística, y los ver-
sos sentimentales de las Sibilas.

Pues estos son precisamente los sentimientos de la
Iglesia en la presente festividad. Como la amante tier-
na cuyo corazon destila todavia lágrimas de compa-
sion por las injurias y padecimientos á que por amor de
ella misma se sujetara su celestial marido, lo lleva en
triunfo por las calles públicas, acaricia sus amores con la

ofrenda de un sacrificio el mas grande, el mas augusto; y templando la lira de David le compone un cántico propio, exclusivamente propio del amor festivo que respira en este dia. *Lauda, Sion, Salvatorum; lauda ducem et pastorem in hymnis et canticis.* ¡Oh Sion, escogida esposa, para quien fueron hechos el Carmelo y las delicias de Saron: hermosa sulamitis, que adorna tu garganta con preciosas margaritas, levántate, entona cánticos de alabanza al Señor Dios tu libertador: á tu pastor y caudillo que con brazo fuerte y robusto, con mano estendida y liberal te sacó de la antigua esclavitud. Emplea todo tu poder y grandeza, toda tu sabiduría y hermosura, todo lo que eres y todo lo que vales desenvuélvelo, derrítelo en alabanzas de amor, porque cuanto se dijera nada es bastante para que esplique la grandeza, el poder y la magestad de este tu Dios. *Quantum potes, tantum aude: quia major omni laude, nec laudare sufficit.* Estiende tu voz como la del ruiseñor en los campos de la soledad, dulce, apacible y cariñosa, porque tratas de elogiar al Dios grande que se hizo pequeño en tu amor: al Dios inmortal que sufrió la muerte por ti. *Sit laus plena, sit sonora, sit jucunda, sit decora mentis jubilatio. Dies enim solemnis agitur in qua mensae prima resolvitur hujus institutio.*

Tal es el cántico, que por expreso mandato del pontífice Urbano IV, compuso el angélico maestro Santo Tomás, en honor y gloria de Jesucristo Señor Nuestro. ¿Y no veis que magestuosamente resuenan las bóvedas del templo cuando las voces trinan sus acentos? ¿Sería acaso mas solemne el triunfo de los israelitas allá al otro lado del mar Rojo, cuando entonaban su cántico compuesto por Moysés al Dios de la magestad? ¡Oh señores! mi espíritu se dilata, mis afectos se derraman con el entusiasmo del amor cristiano, luego que veo salir procesionalmente en este dia el Sacramento augusto del altar. Páreceme que veo á aquel justo rey de Israel danzando lleno de regocijo delante del arca de Dios: la pompa de nuestros templos me recuerda la grandeza del pacífico

rey Salomon, sombra y figura del reinado de Jesucristo, verdadero príncipe de la paz. La alegría y contento universal; los cánticos y las alabanzas; el adorno y la magestad, la concurrencia de todos los fieles á la solemnidad de tan gran dia; todo conspira obligándonos á doblar la rodilla ante el Dios crucificado para tributarle el honor que le rindieron los ancianos bajo el trono de su augusta magestad. *Dignus est Agnus, qui occisus est, accipere virtutem et divinitatem, et sapientiam, et fortitudinem, et honorem, et gloriam, et benedictionem.* Sí, muy digno es que aquel Cordero pacientísimo que subió á la cruz sufriendo tan crueles tormentos por nuestro amor, reciba de nosotros en este dia entre el aplauso y el amor, entre la gratitud y la alabanza, todo el honor que corresponde á su poder, divinidad, sabiduría y fortaleza, magestad y gloria. Rindámosela, pues, con las mismas voces de San Juan: *Benedictio et claritas, et sapientia, et gratiarum actio, honor et virtus, et fortitudo Deo nostro in saecula saeculorum.*

¡Feliz y venturoso dia! Loable y bendita sea para siempre la santa ceremonia establecida por el inmortal pontífice Urbano IV. Pero ¡ah! que en medio de estos cristianos regocijos siempre hay un incidente que amarga tristemente nuestro corazon. Muchos hay de entre los cristianos cuyos sentimientos desprendidos del espíritu de piedad, mas buscan en estas solemnidades la diversion y la sensualidad, que la religion, el culto y la virtud. ¿De qué provienen esos desacatos mil, que vuestros ojos habrán observado en la solemne procesion? El lujo y la compostura, la desenvoltura de la carne y la arrogancia del humor, hé aquí lo que comunmente se advierte hoy en nuestras funciones religiosas. Espíritus embriagados con el aromático vino de la intemperancia; géñios festivos en menoscabo de la moral pura que respira nuestra santa ley; hijos miserables de la carne, cuya malicia transborda los límites de la flaqueza á que nos arrastra nuestro ser miserable. Estos son los hombres que rodean el

culto que hoy tributamos en acción de gracias al Dios de la magestad. ¿Recibirá este Dios, todo pureza y santidad, el incienso de nuestras adoraciones? Dejo á vosotros la respuesta tan obvia como sencilla, mientras paso á demostraros que en la solemnidad de Corpus se ven palmariamente los triunfos de la religion.

Segundo punto.

Tuvo San Juan en la isla de Padmos una vision de las mas terribles, que en gran manera horrorizó su espíritu. Registrada en el Apocalipsis desde el capitulo diez y siete hasta el diez y nueve; pero entre tanto oíd lo que yo puedo referiros en compendio. Presentó el Angel en vision al Evangelista una bestia con siete cabezas y diez cuernos: su color era bermejo y en el tinte se descubrian varios nombres, todos nombres de blasfemia, ó nombres que abrigan bajo su sombra las mas horrendas blasfemias. Sobre esta bestia se sienta una mujer vestida de púrpura, adornada con el oro, con las perlas y con las piedras mas preciosas y ricas de la tierra. Su mano os-

tenta un vaso de oro, cuya copa rebosa de un licor que componen las inmundicias mas asquerosas de la tierra. Esta bestia sale del abismo, y su objeto es pelear con el Cordero de Dios; pero el Cordero vencerá á esta bestia porque El es, dice el Evangelista, el Señor de los señores y el Rey de los reyes. *Hi cum Agno pugnabunt, et Agnus vincit illos: quoniam Dominus Dominorum est.*

Esperáis con ansia que yo os diga quien es esta bestia y qué es lo que significa, para que con toda propiedad aseguremos que de ella triunfa la religion en la presente festividad. ¡Ah, señores! poca inteligencia se requiere y un tanto cuanto de estudio en la historia, en los santos Padres y en la experiencia de los tiempos, para asegurar de luego á luego, que esa bestia está simbolizando el espíritu de la herejía: espíritu que tiene tantas cabezas cuantos son los artículos dogmáticos que ataca la verdad simplicísimas de nuestro Evangelio: tantas cabezas cuantos son los hombres que levantan el estandarte de rebelion contra el espíritu único de verdad, que sostiene á nuestra Iglesia. Tantas cabezas cuantas son las escuelas pervertidas que levanta entre la sociedad de los cristianos; su color es bermejo, porque nunca la herejía puede presentarse á la clara luz de la verdad. Siempre se cubre con los sofismas, se hace ella misma sombra con la letra material de la escritura; y entre el tinte de este color sombrío hallaréis escritos estos nombres, que conocidos por nosotros, luego decimos, estos son nombres de blasfemia, ó que al menos bajo su proteccion y amparo se sostienen las mas horrendas blasfemias. Hallaréis, digo, los nombres de los Arrios, de los Pelagios, de los Donatos, de los Berengarios, de los Nestorios, de los Enteros, de los Calvinos, de los Jansenios; los nombres de todos los caudillos que la herejía ha levantado contra el santo espíritu de la Iglesia. Las pasiones de nuestra carne, que bajo la forma seductora de una mujer siempre se hacen gratas aun á los ojos de nuestra firme inteligencia. Ese es el genio, no lo dudeis, esa es la mujer que se sienta sobre la bestia, derramando siempre las ri-

quezas mas abundantes, los honores mas apetecibles, los placeres mas gratos para todos los que quieran encantar-se de ella; y por lo mismo la vemos engalanada con el oro y con las perlas. Pero ¡oh miserables hijos de Adán! abrid los ojos porque esa mujer seductora os ha hecho tragar, de una copa de oro que tiene en la mano, los errores mas groseros, los principios mas absurdos, las doctrinas mas detestables: os ha embriagado, y por lo mismo, perdida la razon, desquiciada la inteligencia, la moral del mundo cristiano se ha corrompido de grado en grado, caminando de herejía en herejía, hasta venir á dar hoy al sensualismo mas descarado; hasta venir á aquella abominacion infeliz que nos predice el Evangelio diciendo: *Cum audieritis abominationem desolationis quae dicta est á Daniele profeta, stantem in loco sancto qui legit intelligat.*

Tal es la bestia horrible que se presenta á la lid con el Cordero. Sus costumbres son pésimas, sus doctrinas abominables. Oíd entre otras mil estas dos que me parecen las mas análogas á nuestro intento. Pedro Mauran, el genio del mal, sembrador de la zizaña, apareció en los campos de la Iglesia el siglo XII. Publicaba esta impia doctrina con el entusiasmo de su fuego. «No creais, repetia á los fieles, en la hostia que consagra el sacerdote, porque se queda en simple pan, ni puede convertirse en el cuerpo de Jesucristo.» Tan horrenda blasfemia fué aprendida por Lutero, quien secundando con mas furor el espíritu de aquel hereje, públicamente decia, que el sacrificio de la misa era una invencion de Satanás. ¡Oh Dios! ¡cuántos ultrajes á la irresistible fuerza de tu diestra! ¡cuántas blasfemias contra el augusto mérito de tu santo nombre! ¡cuánta ingratitud á la esplendísimá liberalidad de tu amor! El veneno de estas doctrinas que con copa dorada derramó la mujer abominable sentada sobre la bestia, se extendió por toda la Alemania, la Inglaterra y parte de la Francia, sin dejarse de inocular una porcion no pequeña de nuestra antigua metrópoli la España. Nosotros mismos resentimos hoy las fatales consecuencias de esa falsa filosofía, en los libros que pasan

casi á todas las manos, en las máximas que se aprenden desde la niñez, y lo que es mas lamentable, en la educacion y en la moral.

Pero alegrémonos con el gozo del Evangelista, pues que si su espíritu se horrorizó con la aparicion de esa bestia, el Angel lo consuela señalándole su término. Vieron esta mujer y la bestia al juicio inexorable de Dios. El Angel los representa bajo la forma de una grande piedra de molino, y arrojándola con ímpetu á lo mas profundo de los mares, como si dijera á lo mas hondo de los abismos, dijo esta palabra, para nosotros de gozo sempiterno: *Hoc impetu mitetur Babylon civitas illa magna, et ultra non invenietur.* Entonces cuando esta bestia quedó hundida en las cavernas infernales, un gozo universal se levantó en el cielo, los ancianos que rodean el trono, los animales que están á su frente, la muchedumbre que habita bajo del asiento de la magestad, todos entonan el cántico de alabanza porque triunfó el Cordero, y porque en esa solemnidad aparece su desposorio con la Iglesia: *Regnavit Dominus Deus noster omnipotens. Gaudeamus, et exultemus, et demus gloriam ei: quia venerunt nuptiae Agni: et uxor ejus preparavit se.*

¿Y esperaréis acaso que yo os represente esos triunfos de la religion en la solemnidad de estos días? ¿No están ellos mostrándose por sí mismos? Allí teneis en el augusto Sacramento al Cordero de Dios real y verdaderamente encerrado entre los accidentés del pan y del vino. Este es el mismo á quien se le debe todo honor, adoracion y gloria: el que ha recibido de su Padre la potestad, el poder y la dominacion para ejercerla en los siglos de los siglos. El es el Dios que reina entre los justos eternamente: *Regnavit Dominus Deus noster omnipotens.* Allí teneis en el sacerdocio magestuosamente vestidos á los doce ancianos que se prosternan sobre su rostro ante el trono del Altísimo, de quien está dicho en el Evangelio que levantarán sus tronos en el solemne juicio del Cordero. Este hace tambien la parte de la Esposa en ese solemne día del desposorio. El pueblo cristiano, que

con fe sumisa y obediénte adora y reconoce á Jesucristo Sacramentado, el pan de los ángeles, la fortaleza de la vida y la santificación del espíritu; este pueblo es del que se nos dice allá en el Apocalipsis, que levanta la voz de debajo del trono. Así lo vemos en nuestros templos arrodillado y contento, lleno de la unción santa de la virtud, mientras que por ellos pasa triunfante la magestad de Jesucristo oculta en el Sacramento. ¡Oh religión adora- ble! ¡cuán palmarios son tus triunfos! Tú nos anticipas en las delicias de la fe los gozos perdurables que el Dios de la verdad y del poder nos tiene reservados para la vida eterna. Pueblo, cristianos, repítanos con entusiasmo en este día de gloria y magestad, debida toda á Jesucristo; repítanosle que su poder y grandeza reina entre nosotros: que con alegría y contento le tributaremos siempre honor y gloria, porque triunfó de la herejía y estrechó mas fuertemente el lazo de sus desposorios con nuestra madre la Santa Iglesia. *Regnavit*, etc. Réstame demostraros el triunfo de esta Iglesia en la solemnidad de este día. Seré breve.

No confundamos á la religión con la Iglesia. Aquella se contiene en el seno de ésta: aquella es inmortal; es la misma aquí entre los vivientes como entre los que moran ya en los alcázares del cielo. Mientras que á la Iglesia inuitante la llamamos el cuerpo moral de los viadores que transitan bajo de un solo poder espiritual y bajo las influencias de una sola fe, esta Iglesia es cabalmente la que llena de honores se mira triunfante en la solemnidad presente. *Sanctificavitur altare in gloria mea*.

Bien sabemos que el sacerdocio de Jesucristo, impreso con marca imborrable en los hombres que fueron llamados como Aaron, fué en unos tiempos el blanco de la tiranía; que fué en otros el fundamento de las discusiones filosóficas; y que hoy es el objeto del sarcasmo y de la burla. ¡Ah! cuánta sangre sacerdotal fertilizó los campos de la Iglesia en sus tres primeros siglos! Los venerables pontífices cubiertos de canas y cargados de méritos bajaban al cadalso ó entraban al anfiteatro, sin que

sus palmarias dolencias ni aun la beneficencia de su caritativo genio moviera la consideracion ni la ternura de los tiranos. Solo en los egulos y en las catastras donde estos venerables hombres derramaban el líquido último de la vida, hallaban la calma de sus furiosos genios los Césares y sus Prefectos. Mucho padeció el sacerdocio bajo el yugo sangriento del imperio romano; no puede quedarse, pues, sin la paga de sus méritos, ni éstas sus virtudes pueden quedarse sin resplandecer aquí mismo sobre la tierra.

Fué tambien el sacerdocio el motivo primero de aquellas discusiones filosóficas que mantuvieron á los pueblos entre el gentilismo, la herejía y el cisma, particularmente en el oriente. La magestad y los sagrados fueros de este sacerdocio, que se explican muy bien llamándole la túnica inconsul de Jesucristo, quisieron dividirla en mil partes los filósofos; ¡y cuánto no sufrieron los hombres inaugurados con este carácter? Lo dirá la historia de los concilios y tambien la de los herejes; y de entre estos muy particularmente la de los Arrianos á quienes no dudó llamar S. Gerónimo cuerpo miserable del anticristo. Las vejaciones, las crueldades y los ultrajes á que el sacerdocio quedó sujeto, claro es que lo deberá recompensar el Dios de la magestad con un honor muy distinguido que se considere á manera de premio.

Y últimamente el sacerdocio, del siglo XV á esta parte ¡no se ve ultrajado cual un infeliz demente, en medio del sarcasmo, de la burla y del desprecio? ¡Ah, señores! si el tiempo nos permitiera abrir los libros elementales, los históricos, los novelescos de Rousseau, de Voltaire y de Alembert, filósofos del siglo pasado; y los de Diderot, Lorente, Sué y otros mil que no puedo traer á la memoria, allí veríais las pinturas mas horribles forjadas contra el sacerdocio, para befar su carácter, menospreciar sus fueros y su doctrina, y pisotear con piés inmundos su respetable sabiduría. Ésas escenas infamantes parece haberse recopilado como en su centro en ese libro que corre hoy en manos de todos con el título de Misterios de la

Inquisición, cuya censura acre, cruel y verdaderamente blasfema, no se dirige tanto contra ese tribunal cuanto contra el sacerdocio de Jesucristo. Permitidme una pequeña digresion para deciros, que yo os denuncié ese libro como uno de los mas impíos, para que digais conmigo: «Anatema contra sus doctrinas y contra su autor.»

Tales padecimientos sufre con los hombres el sacerdocio. ¿Creeréis que en la justicia de Dios toda equidad, toda rectitud, queden sin el competente premio? Yo bien sé que Jesucristo, el dueño natural de ese sacerdocio y el que inmediatamente sufre las befas de la impiedad, dijo á su vicario el apóstol Pedro, y en él á todo el sacerdocio, que le daría por recompensa de sus sufrimientos todo lo que encierra el misterio de esta sentencia. *Sedevitis super sedes duodecim judicantes duodecim tribus Israel.* Pero tambien sé con San Ambrosio, que la magestad de ese juicio, con cuyos fueros, poder y magnificencia queda recompensado el sacerdocio por sus sufrimientos, no mira solo á la eternidad ó á aquel momento solemne en que el Hijo de Dios se presente sobre la tierra como juez, sino que aquí mismo, en la Iglesia que ese sacerdocio gobierna, se revestirá con los brillos de su magestad y poder. ¡Oh! y tan cierta es esta promesa, ó tan bien verificada la vemos, que sin apelar á otras pruebas de mayor excelencia, solo quiero que fijéis la vista en la magestad con que se presenta en la solemnidad del Corpus, por expreso mandato de la congregacion de Ritos. ¿No os parece mas respetable que la tribu de Levi cuando llevaba sobre sus hombros el arca del antiguo Testamento? ¿No os parece mas hermoso el pontífice con el sacramento en las manos, que lo estaba Aaron revestido del Efod y del Racional? ¿No creéis que el Espíritu de Dios descansa sobre ese gremio con el esplendor todo de su poder, de su santidad y de su grandeza?

Iglesia santa, no llores como Raquel la sangre de tus hijos. Ella no solo es fecunda para multiplicar el grano del Evangelio; tus mártires se revisten hoy de la púrpura del rey y sacerdote eterno. Miralos magestuosos,

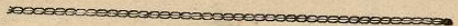
grandes, poderosos, como los describe el sabio en aquella su admirable sentencia. *Sicut scintillae in arundinetis discurrunt, judicabunt nationes, et dominabuntur populis. Rogavit Dominus illorum in perpetuum.* Tampoco siéntase Iglesia santa, que e e tu sacerdocio haya sufrido las contradicciones mas abiertas de la filo ofa de la carne. Grandes fueron tus angustias, como las de Esther al oír el decreto de muerte contra su pueblo; pero vuelve la vista, hoy dia de tus triunfos y mira al sacerdocio como otro Mardoqueo á quien en alas de la veneracion lleva el mundo clamando como Amar: «Así honra el rey de los cielos á aquel á quien quiere honrar.»

Y vosotros, géneos miserables del siglo de las luces, que tan enfáticamente respirais odio y venganza contra el sacerdocio, tíñase vuestra pluma con el licor mas acre de la blasfemia, de la burla y del desprecio. Tiempo vendrá, y quizá no muy tarde, en que veréis sentado á ese sacerdocio sobre el trono de la magestad, sirviéndole de emblema aquella sentencia del Evangelio: *Vos estis lux mundi.* ¿Y qué será entonces de vuestra filosofia? ¿qué de vuestros principios? ¿qué de vuestros escritos? ¡Ah! entre tanto mirad hoy al sacerdocio revestido del hábito talar en testimonio de que él es el maestro de la verdad. La magestad eterna es quien lo honra con ese paramento sagrado, porque le tiene hecha esta promesa: *Sanctificabitur altare in gloria mea.*

Vista, pues, bajo estos tres aspectos la solemnidad del Corpus, ¿quién no dirá que en ella quiso Dios reparar los ultrajes hechos en los dias de la pasion á la persona adorable de Jesucristo su Hijo? ¿Quién no advertirá tambien que la religion, maestra de la verdad y depositaria fiel de los misterios de Dios, se muestra en este dia hermosa, triunfante, llena de magestad y de gloria? La Iglesia militante, en cuyo seno vive esta religion, como en su mas augusto tabernáculo; esta Iglesia que entre sus prerogativas cuenta la primera, la asistencia real y

verdadera de Jesucristo en ese augusto Sacramento, ufa-
na se ostenta en sus templos, llevando sobre las manos
sacerdotales al autor de la vida, y repitiendo con mas
seguridad que los israelitas; *nulla natio tam grandis quae
habeat Deos apropinquantes sibi, sicut Deus noster adest
nobis.*

No, ninguna nacion ha tenido tan cerca á Dios como
los cristianos; ninguna ha tenido como nosotros la segu-
ridad de que en alas de la religion subiremos junto al
trono del Señor, si debidamente preparados para vene-
rar y honrar este augusto Sacramento, merecemos ser
juzgados por la divina misericordia, que os deseo en nom-
bre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo. Amen.



SERMON

DE LA FESTIVIDAD DE CORPUS,

PREDICADO

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OAXACA, EL 27 DE

MAYO DE 1869, POR EL

Presbitero Jose Joaquin Diaz.

Accipite et manducate: hoc est corpus
meum.

S. Pablo ad Cor. c. XI, v. 24.

Recibid y comed: este es mi cuerpo.

ILLMO. SEÑOR:

No satisfecho Jesucristo con haber abierto en la Eu-
caristia las fuentes de la vida espiritual, le ha vinculado,
por añadidura, otras gracias para atraer eficazmente al
hombre á la frecuencia de este altísimo Sacramento. En
el misterio de la Eucaristia, prenda irrefragable del amor
de Dios, tenemos garantizadas dulces é inefables delicias
con que el Salvador embriaga al alma que dignamente
lo recibe.